

IRIS



EL MONUMENTO A ZORRILLA, EN VALLADOLID

Recordarán nuestros lectores que á raíz del fallecimiento del que con justicia ha sido llamado el poeta nacional, el Ateneo de Madrid inició una suscripción para levantar una estatua al imortal autor de *Margarita la Tornera* y... ¿por qué no decirlo? de *D. Juan Tenorio*. La inmensa popularidad de que gozaba Zorrilla hizo que la idea prosperara, a pocas, y al cabo de corto tiempo habíase reunido ya una importante suma.

El Ateneo con tanta generosidad como razón, cedió el monumento á Valladolid, patria del glorioso vate, y abierto concurso resultó premiado el proyecto del Sr. Rodríguez Carretero, distinguido escultor castellano. En cuanto al bronce, fué cedido por el ministerio de la Guerra, que entregó al objeto dos cañones de bronce.

La estatua fué inaugurada con gran solemnidad el 14 del corriente, primer día de la feria, estando situada en la plazuela delante del Campo Grande y dando frente á la ciudad.

Zorrilla viste levita abrochada, dentro de un gabán completamente desabrochado, cuyos paños flotan majestuosamente, de igual manera que la típica melená del inolvidable cantor de Granada. El poeta se halla de pie, en actitud de leer unas cuartillas que tiene en la siniestra mano, mientras, que, con la derecha acciona con aquella nobleza que le era propia.

La estatua es doble del natural, pues mide ocho pies de alto; su peso es de 14,500 kilos; fué empezada el 14 de julio y quedó terminada en noviembre del pasado año. La fundición corrió á cargo del vallisoletano D. Ignacio Frías, muy acreditado en esta clase de trabajos; duró de enero á julio del corriente y tuvo que luchar con grandes dificultades por la extremada resistencia que ofrecía el material.

El pedestal es de granito y piedra caliza, de orden toscano; forma el primer cuerpo una pirámide de ocho lados, truncada; el zócalo, de granito, sirve de sustento al segundo cuerpo, que

es un cono truncado, rematado en un friso y un capitel circular en el que se ve la estatua de la Poesía, representada por una mujer vestida con manto y túnica griegas y simbolizada mediante unas alas de mariposa y una lira. Junto á esta estatua aparece caída sobre la escalinata una corona de laurel, campeando en la parte superior el escudo de Valladolid.

El monumento está encerrado dentro de una verja decorada con escudos, lirios y ramas de laurel y rodeado por ocho pilares con barras y camaleos de bronce.

Discursos, músicas, cohetes, himnos, poesías, nada faltó para dar al acto toda la pompa requerida, habiendo asistido al mismo más de 10,000 personas, entre las cuales brillaban por su ausencia Núñez de Arce, nuestro gran lírico idealista y vallisoletano, el Sr. Echegaray, ese ingerto de *zorillismo* (poético) y álgebra superior; el Sr. Cano, otro epigono de Zorrilla; Moret, Gamazo, el Sr. Muro, uno de nuestros más apreciables ex ministros y algún otro *ejusdem furfuris*.

Digamos para concluir que no han faltado quienes se han mostrado descontentos de la estatua, pareciéndoles que Zorrilla llevaba demasiada ropa ó iba harto cargado de accesorios, pero eso va en gustos. En casos como este puede decirse que la intención basta; el hecho de haberse levantado á Zorrilla un monumento es lo suficiente para no merecer la nota de ingratos ó de incultos, de manera que no debe medirse el mérito del monumento por lo que en sí, sino por su importancia material. Vale más esa estatua grandiosa, en sitio tan preferente como el que ocupa, que no un busto preciosísimo recluso en la sala de una biblioteca. El monumento debe ser ante todo una conmemoración, mejor que no una obra de arte; así gozan de justa veneración muchas imágenes que ningún mérito artístico atesoran.



MONUMENTO AL POETA ZORRILLA



LA CASA DE ZORRILLA

El monumento debe ser ante todo una conmemoración, mejor que no una obra de arte; así gozan de justa veneración muchas imágenes que ningún mérito artístico atesoran.

JULIO L. CARRION

GRAN TEATRO DE CORDOBA

Con una nueva producción escénica ha venido á demostrarnos el joven escritor don Francisco Toro Luna, aplaudido autor del drama *Por egoísmo*, estrenado no hace mucho tiempo en el Gran Teatro de Córdoba, que no da paz á la pluma y que tiene singulares aptitudes para cultivar, con honra para las letras y provecho propio, los distintos géneros de la literatura dramática.



D. FRANCISCO TORO LUNA

La obra á que nos referimos es el diálogo titulado *¡Día feliz!* que alcanzó el mismo éxito que el drama ya citado al ponerse en escena por la notable compañía de don Juan Colón. La índole de la obra no se presta como fácilmente comprenderá el lector á desenvolver asuntos transcendentales, ni el autor se propuso otra cosa, al escribirla, que entretenir agradablemente al público durante la representación.

Posee el novel autor señor Toro, y esto habrán podido apreciarlo cuantos hayan asistido á la ejecución de sus producciones, aptitudes excepcionales para el género que cultiva, difíciles de hallar en quienes carecen de práctica para aprovechar con discreción y habilidad los recursos escénicos que, en la mayoría de los casos, contribuyen al éxito de las obras teatrales.

En el diálogo á que nos referimos se nota desde luego esta circunstancia, puesto que su argumento, aun cuando es sencillo, está desarrollado con naturalidad, sucediéndose las escenas de una manera lógica, sin que se observen en ellas situaciones forzadas é inverosímiles. Da mayor realce á la obra en que nos ocupamos el correcto y apropiado lenguaje que emplea su autor y lo fácil y ameno del diálogo; condiciones que en nuestra humilde opinión, contribuyen en gran parte al mérito de la obra.

El carácter de *Carmela*, joven andaluza y vivarachita, está perfectamente delineado, y la ingenui-



LA SEÑORITA ARÉVALO



UNA ESCENA DE «¡DÍA FELIZ!»



LA SEÑORITA ARÉVALO Y EL SR. COBRERA

dad con que confiesa su deseo de tener novio, y el cariño que profesa á su primo, dan gran relieve á su figura y despiertan hacia ella las simpatías del público. En cuanto á su interlocutor, el joven primo de quien está enamorada, también resulta un tipo simpático por las cualidades con que el autor le adorna.

RICARDO ÁNGULO

LOS REYES EN SANTANDER



TEMPLETE EN FIEU (SARDINERO)



ARCO DEL CÍRCULO GAMACISTA, FRENTE AL SUÍZO



ARCO DE LA UNIÓN, EN EL MUELLE



ARCO EN EL MUELLE DE ATARAZANAS



ARCO DE D. MANUEL CASANUEVA



ARCO DEL PARTIDO CONSERVADOR

Puede decirse que Villagarcía y Santanderse han llevado la palma en punto á elocuente manifestación de los sentimientos de incondicional adhesión á las reales personas durante el viaje por las costas del norte.

SS. MM. desembarcaron en la opulenta capital montañesa el 9 por la mañana, siendo aclamadas con entusiasmo; innumerables eran los arcos de triunfo levantados en las calles por donde debía pasar la regia comitiva.

Calcúlase en seis mil personas las que desfilaron ante SS. MM. que presenciaban el acto en el artístico templete levantado en una prominencia, al lado del mar, en el Sardinero; desde las más encopetadas duquesas á las más modestas criadas ó cigarreras, desde los más ilustres próceres á los pobres jornaleros ó pescadores tomaron parte en aquella soberbia manifestación de inquebrantable adhesión al trono. Algunos grupos de pescadores se santiguaban ante los reyes y llamó mucho la atención un grupo de ochenta cigarreras al frente de las cuales y apoyándose en dos muchachas iba la señora maestra Ignacia, respetable anciana de 74 años, y otro grupo, compuesto de sesenta pescadoras con panderetas que entraron cantando coplas coreadas y dedicadas á las reales personas, acabando, según refiere el señor Castell, con graciosos vivas como estos:

—¡Viva el rey y la madre que lo parió! ¡Viva la reina guapa y elegante!

Después entraron los danzantes de Arnuevo y Liérganes, siendo tanta su impaciencia que saltaron la balastrada.

Por su parte la *Asociación de los Hijos del Trabajo*, compuesta de 4,000 individuos, impetró por boca del Sr. Gamazo la protección de S. M. el Rey, al que nombró su presidente honorario. Terminada la recepción y servido un espléndido *lunch* retiráronse los reyes dirigiéndose á la morada del duque de Calabria, hijo mayor del señor conde de Caserta y hermano de D. Carlos de Borbon.

SS. MM. habían ya presenciado antes el simulacro de un

BELLAS ARTES

Entre las pocas profesiones á que en España puede dedicarse la mujer cuéntase la de cigarrera, y, sin duda, debe tener algo de muy particular el tal oficio cuando ha llegado la que lo ejerce á constituir un tipo especial, muy explotado por artistas, escritores y poetas.

Una de las particularidades de ese tipo es su generosidad, acompañada de proverbial honradez. La cigarrera trabaja, y se honra con ganar el pan con el trabajo; lo que quiere es que éste no le falte, y de ahí sus angustias cuando se tienen noticias de nuevas máquinas que podrían arrebatarlelo.

Quizás en ningún otro ramo de producción se presente tan agudo el conflicto entre la obra de mano y el maquinismo como en el de tabacos, pero hasta el presente, á Dios gracias, han conseguido evitar la suplantación, con gran satisfacción así suya como de los que, siguiendo á John Ruskin, y á Tolstoi abominan de las máquinas, causa de tanta grandeza, y de tanta miseria.

Puede que nuestra decantada civilización valga infinitamente menos de lo que hubiera sido á tomar las cosas de otra manera. ¡Quién sabe si tanta industria no contribuye á hacernos más desgraciados de lo que seríamos á no haber venido con sus invenciones los Watt, los Fulton, los Stevenson, los Weadstone, los Graham, los Edison, etc. etc., á alterar las condiciones del trabajo manual, reemplazando al obrero por la máquina! Nosotros mismos no podemos ser jueces desapasionados en la cuestión; el progreso nos deslumbra por sus resultados aparentes, pero quizás no nos mostraríamos tan satisfechos si pudiéramos ver los factores que lo producen y sus consecuencias: los enormes talleres, las cuadras de las fábricas, los barrios obreros, las minas, los asilos y hospitales, los manicomios y las casas de socorro.

Afortunadamente no reza eso con las fábricas de tabacos de por aquí, donde hasta ahora trabajan las manos y no las máquinas. Conserve Dios por muchos años á las honradas cigarreras el medio de ganarse la vida haciendo labores, ya que se les ha arrebatado á tantas otras, y dúreles también mucho la ventaja de no estar sujetas á la competencia, que arroja á la miseria á tantas miles de obreras con cuyo trabajo arramblian las compañías místico-industriales de monjas y beatas.

Todo se viene hablar del *feminismo* y nunca se ha tenido menos compasión con las mujeres. La actual era industrial resulta mucho peor para la humanidad que la antigüedad esclavista y la edad media feudal. La miseria es mayor que lo fuera nunca y ha acabado por triunfar la ley de Malthus, más radicalmente aun de lo que exigía el *Blántropo* inglés.

CARLOS MENDOZA



CIGARRERAS DE LA FÁBRICA DE SEVILLA

Golpe en vago



El caso ocurrió en la iglesia parroquial de Santa Clara. Uno de tantos sujetos que se escudan en la estufa y sólo viven á expensas de las personas incautas, perfectamente vestido, siendo objeto su elegancia, de luto más riguroso que impone una gran desgracia, fué ayer á encargar dos misas de diez reales por el alma de su madre, según dijo vertiendo abundantes lágrimas entre ayes muy lastimeros para inspirar confianza. Dió el tal un billete falso para pagar las citadas; y al notarlo el colector de la parroquia expresada, con una sonrisa dulce y la actitud más urbana, dijo al punto: —Este billete no le admito.

—¿Por qué causa?... —Porque, según dice el párroco en sus pláticas sagradas, ¡es un pecado tremendo admitir moneda falsa! —Luego es falso, ¿verdad, padre? —¡Sí, hijo mío! ¡Lo ignoraba! —¿Está usted seguro?

—Como

á Dios he de dar el alma.

—¡Pues quien lo ha hecho es un artista de reconocida fama!

—Por eso lo he conocido: no por otra circunstancia.

—¡Qué avisados y qué suaves son estos pastores de almas!

—Si he notado que era falso al echármelo á la cara, es porque está mejor hecho que los del Banco de España.

—¿Verdad, padre?

—Sí, hijo mío;

¡el esto es una filigrana! ¡qué corrección! ¡qué dibujo! ¡qué medios tonos! ¡qué cara! ¡qué claroscuro y qué tintas!

—¡Lo qué sabe una sotana!

—¡Yo no salgo de mi asombro!

—Pues, hijo, todo hace falta para que no nos sorprendan en este valle de lágrimas!

EUSTQUIO CABEZON



DEL MAL EL MENOS

Adela se impacientaba. Varias veces había cambiado de postura y cerrado el libro, con que procuraba distraer la imaginación. De cuando en cuando, con breves intervalos, se dirigía al balcón y con mirada investigadora procuraba sondear en las tinieblas de la noche... —Aun no viene... es extraño... murmuraba. Sus ojos se fijaron en el reloj colocado sobre el marmóreo plano de la chimenea.

—La una... ¿Qué ocurrirá? No sé que vago temor me destroza el corazón. Es la primera noche que pasa lejos de mí. ¿Será que alguna mujer me lo robe? ¡Qué sospecha! ¡Luis infiel! ¿Y por qué no?

Los sollozos ahogaron su voz, y Adela cubrióse los ojos con el pañuelo que, momentos antes, en convulsivas agitaciones, estrujara furiosa entre sus dedos...

En espacioso local, cuyas paredes cubrían grandes espejos y notables frescos, hallábase Luis, con varios amigos, sentados en torno de prolongada mesa rectangular, cubierta con blancos manteles, sobre los que destacaban los delicados matices de las flores agrupadas en preciosos ramilletes, los eléctricos focos reflejaban sus haces luminosos en las tersas lunas, prestando á la estancia un aspecto fantástico; el rumor producido por la conversación de los comensales, que iba en delicioso *crecendo*, se confundía con los estridentes taponazos y el continuado choque de las vajillas, formando una alegre y bulliciosa algarabía de imposible descripción.

—¡Bravo, Luis!—gritó Pepe Ojeda, apurando una copa de selecto Jerez.—¡A tu salud y á la de tu encantadora mujercita!

Espontánea y nutrida salva de aplausos acogió las palabras del orador. Luis, molestado por esa alusión y tratando de evitar que se repitiera, dijo:

—Se suprimen los discursos, y brindemos porque nuestra amistad sea perpétua y cada uno de nosotros vea realizadas sus aspiraciones y esperanzas.

Todos alzaron las copas, las apuraron y el silencio sucedió por brevísimos instantes á la interrumpida algarabía.

—Esto se acabó,—exclamó Juanito Parral.—Prolonguemos la velada, apuntando unas cuantas pesetas.

—¡Aprobado, aprobado!—gritaron á una voz los amigos.

Y momentos después pasaron á la sala de juego.

Nada tan extraño como el aspecto de esos locales. Parece que la sociedad, ansiosa de ocultar con bellas apariencias las llagas asquerosas que la corroe, pone especial cuidado en revestir esas sentinas del vicio, con toda la brillante esplendidez del lujo más refinado y los seductores encantos del arte más coquetón y sugestivo.

—¡Mala sombra, Luisillo!—murmuró Ojeda.—¿Pierdes mucho?

—Cuanto llevaba encima. Voy á hacer un empréstito con el cajero, para ver si me repongo. Tengo garantías. El dote de Adela.

Luis salió del salón, volviendo á los pocos instantes. —¡Ya estoy salvado! ¿Veis? ¡Todo á un golpe!

Y aturrido por los vapores del vino, el calor de la sala y el brillo de las monedas, gritó: —¡Juego!

—Y no va más,—observó el banquero. Momentos de ansiedad y profundo silencio, solo interrumpido por el choque de las raquetas contra las monedas que el banquero iba recogiendo después de lanzar la frase: —Encarnado pierde, color gana...—Luis dirigió una mirada en torno: pasó su brazo derecho por el izquierdo de Pepe, dijo: —¡Vámonos!—Y seguido por sus amigos abandonó el local.

—¡Delicioso, mujercita, delicioso! ¡Una fiesta improvisada! ¡Mucho vino, mucha alegría! ¡Estoy borracho! ¡Hemos bebido á tu salud! Y hemos jugado... ¿Sabes? Yo he perdido todo... ¡Treinta, cuarenta mil duros! Venderemos tus alhajas, el coche, mi caballo. ¡Todo, todo lo he perdido! ¡Esas deudas son sagradas! ¡Esta ceba mía! ¡Hasta tu dote he comprometido! ¡La ruina, Adela, la ruina! ¡Soy un criminal... un bandido! Pero tú me amas... y me perdonas... ¿Verdad, momina?

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Adela con explosión.—Mis temores eran infundados; ¡No he sido una mujer!—Y enlazando sus brazos al cuello de Luis, dejó correr una lágrima por sus mejillas, á la vez que murmuraba: —¡Qué feliz soy!

LUIS FALCATO



EL CÁNTARO ROTO

Los cántaros se fabrican con el doble objeto de llenarlos de agua y de que se rompan, de manera que al ocurrir este accidente el cántaro cumple uno de sus fines naturales. Otras veces, el fin no es más que lo segundo; en ciertas poblaciones de la costa catalana es costumbre que las jóvenes saquen á bailar á los mozos, y si éstos se dignan aceptar han de dárlo á conocer rompiendo un cántaro. Hay en eso, sin duda, oculto algún profundo simbolismo.

Vale más, sin embargo, un cántaro roto que un cántaro vacío; todo es preferible á un cántaro vacío, salvo cuando se trata de algún cántaro de arte, de alguna ánfora cipriota, griega, etrusca, romana ó de tal ó cual cántara árabe. Un cántaro vacío, sin más contenido que su alma, es una imagen repulsiva, como representación de la inutilidad. Un cántaro sin agua es una especie de discurso de diputado de oposición.

La misma rotura de esa clase de artefactos (me refiero á los cántaros) da la muestra de un carácter eminentemente farsante. Su estallido hace presumir que acaba de ocurrir algo grave: los perros ladrar, los chicos alborotar, salen los vecinos, gritan las mujeres, ármase un ruido de mil demonios, la maritorres ó el aprendiz, *victiminas* del lance, se muestran azorados; diríase que acababa de sobrevenir una gran desgracia.

Este hecho, evidente y patentísimo, se prestaría á profundas disquisiciones, si un erudito tuviera á bien estudiarlo. El cántaro es una reproducción de la figura humana, sin pies ni cabeza, es decir, la más común, moralmente, de manera que romperse un cántaro viene á ser como el símbolo de romperse un cristiano, ya que no la crisma, las costillas. De ahí ciertas supersticiones respecto á las susodichas rompeduras. Hemos hablado hasta ahora de romper cántaros, y sería inexcusable no decir algo acerca de la manera de llevarlos; en esta parte otórgase la palma á las orientales (creo que la metáfora no puede ser más oportuna) con su cántaro en la cabeza, costumbre en uso todavía hoy

en algunas comarcas de España. La silueta femenina en tal actitud adquiere una nobleza especial, convirtiéndose la humilde campesina en una como cariatíde ambulante, de igual manera que ciertas antiguas fuentes conservan la poesía heredada de los pozos de la narración bíblica.



Nadie negará á un zarzuelero

barato ó costumbrista vulgar el derecho de presentar bajo un aspecto más ó menos cómico las escenas en la fuente entre mozas de cántaro, pero Goethe, que entendía indudablemente más que ellos en achaques de poesía, no encontró mejor manera que mandar á Margarita á *por agua* para escribir uno de los más hermosos episodios del poema. Aquella charla de Liseta sobre lo que le pasaba á Margarita vale por la más altisonante plática bajo los artesonados de un salón.

Finalmente, diremos en defensa de la conveniencia de que se rompan cántaros que es éste uno de los asuntos que más felizmente han inspirado á pintores y escultores, ya desde antes de Greuze, por más que algunos hayan pretendido hacer simbolismo á su costa; los que así obran dan muestras de muy poco ingenio y aun de exactitud, pues nada más puesto en orden que quebrarse dichas vasijas, pues todos sabemos que tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se quiebra.

A. ALCÁZAR



LA CONQUISTA DEL MARIDO



A pobre Agueda, en aquellos tristísimos días en que, en la mayoría de los matrimonios, la luna de miel llega á eclipsarse, tras las vehemencias y los ardores primeros, sufría horriblemente.

¿De qué procedía el desvío de su marido? Lo ignoraba. En los pocos meses que llevaban unidos, ella, no sólo no había perdido nada en hermosura, sino que había ganado mucho en atractivos. Habíanse abrillorado sus ojos; sus carnes habíanse moldeado en contornos más firmes; á la reserva, algo monil de su carácter, había sucedido una serenidad franca, no exenta de pasión, haciendo, de la doncella encogida, una mujer admirable.

—¿En qué habré desmerecido ante los ojos de Feliciano? —se preguntaba repetidamente, sin acertar á explicarse aquella creciente frialdad con que la trataba su esposo.

Y pasaba largas horas ante el espejo, contemplándose detenidamente, estudiándose como implacable censora, buscándose algún defecto suficiente á confirmar ó á disculpar la inexplicable repulsión de su marido. Pero, Agueda, á la verdad, era una mujer hermosísima, deliciosa, hechicera. A sus ojos azules, llenos de dulzura; á su rostro sonrosado y blanco, dibujado con infinita delicadeza; á sus formas perfectas, de una opulencia armoniosa, unia un espíritu sencillo y candoroso, un trato afable é insinuante, una mansedumbre y docilidad de oveja.

Ya en su cabecita de rubia no cabían los pensamientos que la torturaban de continuo. Para consolarse algún tanto, ya que el presente se le ofrecía tan cruel, solía recrearse revolviendo los gratos recuerdos del pasado. Y, abriendo primoroso cofrecillo tallado, donde guardaba todas las reliquias de sus amores con su marido, cuando eran novios, besaba una y mil veces el retrato de Feliciano; releía hasta cansársele los ojos la carta de declaración en que tantos y tan sentidas protestas se le hacían de adoración eterna; aspiraba, dilatando con ansiosa fricción las narices, las flores, regalo de él, y que, aun que ya marchitas, parecían conservar las huellas de los labios de uno y otro, cuando todavía no se habían juntado en un primer loquísimo beso.

¡Bah! Nunca las cenizas, si están apagadas, por mucho que se sopla en ellas, darán fuego. Y Agueda, vencida é impotente, sin encontrar ninguna chispa de vida en aquellos átomos de un amor muerto, concipía siempre en lo que concluye toda mujer desgraciada. En el llanto.

Un día la sorprendió llorando su doncella Inés. La afectuosa muchacha amaba extraordinariamente á su linda amita, pues siendo ambas casi de un mismo talla, y de semejante tipo de belleza, antes de deshechar sus vestidos Agueda, pasaban á engalanar el cuerpo de Inés.

—¿Señora! ¿Señorita de mi alma! ¿Porqué llora usted? —le dijo, abrazándose á ella, y soltándosele también las lágrimas. Mas, como Agueda permaneciera silenciosa, sollozando sin cesar, Inés, insistió en su pregunta: —¿Es que tiene usted secretos para mí? —Y estrechándola entre sus brazos de nuevo, con más efusión, arrodillándose ante ella, besándola las manos, la rogó encarecidamente la revelara la causa de sus penas.



—¿Mis penas?—dijo.—¡Ya debes haberlas adivinado! No son otras que el desvío de mi esposo. ¿Qué haré para conquistarle?

—Pues, bien; va usted á hacer todo lo contrario á lo que ha hecho hasta ahora. Es menester darle celos. El está segurísimo de usted. La tiene á su disposición cuando gusta. Por eso no la estima, no la desea, no sufre por ella. Para amar es menester sufrir.

E Inés, que en estratagemas de amor, como toda doncella, era maestra, fué en busca de su novio, un estudiante picarón, también muy ducho en aventuras amorosas.

—Custodio,—le dijo Inés,—necesito que me escribas una carta, en que sin nombrarme, te dirijas á mí, como si yo estuviese casada. No te olvides de pintarme con los ojos azules, rubia y blanca, gordita, dulce como el mazapán, mansa como una paloma. Tampoco te dejes en el tintero el hablar pestes de mi marido, que me tiene abandonada, sin comprender mis méritos. Y, como eres algo poeta, échame muchas flores, y dime cosas muy rebotonitas.

Sonrió Custodio socarronamente, y rascándose las cejas, murmuró:

—Se trata de una comedia ¿eh? No me opongo. Pero, ¿qué me das por la carta?

—Lo que tú quieras,—replicó Inés con malicia.

—¡Paga adelantada!—dijo el estudiante.

—¡Saá!—respondió Inés.

Y aunque estaban en la calle, separándose largo trecho del tránsito, se acercó al estudiante, y le plantó uno, dos y tres besos en la cara. El estudiante, agradecido, cumplió su promesa. E Inés, al día siguiente, provista de la carta, se la presentó á su señora, explicándole el plan que se había trazado.

Agueda la leyó, entre esperanzada y temerosa.

«Señora,—decía la carta,—parece imposible que una beldad como usted sea menospreciada por su marido. Afortunadamente no se hizo la belleza para vivir y marchitarse sin ser comprendida y amada. Aunque es usted una flor incomparable, una flor celestial, una flor que puede dar la felicidad á quien la posea, no es como la inanimada y espléndida rosa, que queda olvidada en su tallo, en un rincón del jardín, esperando no más que venga el tiempo y la arranque una á una sus perfumadas y sedosas hojas. No, señora; quien como usted atesora tantas perfecciones, tantos atractivos, tantos dotes angelicales debe compartir todo esto con quien realmente, impulsado por la pasión más poderosa, sepa avalorallo. Yo, señora no viviré tranquilo mientras que mis ojos no se reflejen en el lago azul de sus ojos; mientras que mis labios no se posen, en ósculo ardiente, sobre sus blancas manos; mientras que mis dedos no se entretengan en jugar con sus rubios cabellos.

«Queda esperando, entre la vida y la muerte, su respuesta favorable, su más rendido adorador

Custodio Torrente.»

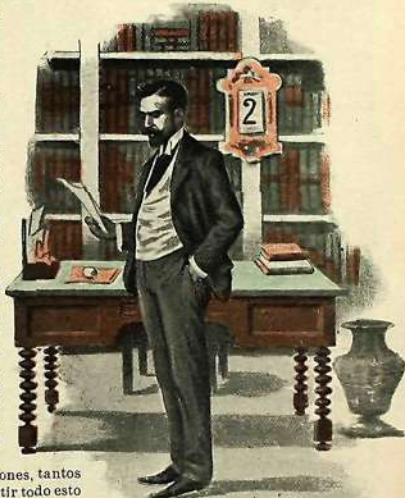
La carta fué dejada, como al descuido, en lugar donde fuera encontrada por Feliciano. Hallóla éste, abríola, la leyó, y, quedó profundamente impresionado. Parecióle que despertaba de un sueño. En efecto, su mujer era un tesoro que había que guardar, un ídolo que había que venerar, una flor que había que rodear de mimos y atenciones. Durante muchos días dejó de salir de casa. Y cuando salía á la calle, era por breve rato, en una palabra, se entregó de lleno á Agueda, y lo que empezó por ser consecuencia de los celos, terminó por ser una pasión inmensa, compuesta de idolatrías y sacrificios.

Agueda é Inés estaban, entretanto contentísimas. Y siempre que veían á Feliciano tan amartelado no podían menos de sonreírse maliciosamente. Una vez se amoscó ya Feliciano por aquellas sonrisas.

—¿Porqué os reís tanto al mirarme?—preguntó un día.

Y entonces le refirieron el ardor de que se habían valido para conquistale. Mostróse incrédulo al principio el marido. ¿Luego aquella carta había sido fingida? ¿Luego nadie trataba de arrebatársela á su mujer? No obstante, él siguió en sus adoraciones, por si acaso algún día llegaba á ser realidad lo que, por lo visto, había sido sólo un engaño.

José de SILES



EL MÉDICO PRODIGIOSO

Murió la infeliz María,
y Juan José, su marido,
quedóse ¡ay triste! sumido
en honda melancolía,



llorando con desconsuelo
la pérdida de su esposa,
que por lo buena y hermosa
era una mujer modelo,
un ejemplar sin segundo
de clase superior, extra
como esas que para muestra
Dios suele mandar al mundo.

No era posible encontrar
consuelo para el caído,
que triste y desesperado
no hacía más que llorar,
maldiciendo de su odiosa
ingrata y pérfida suerte,
y pidiendo que la muerte
le llevase con su esposa;
porque, según él decía
á quien lo quisiera oír,
le era imposible vivir
ausente de su María.

Llegó un día á aquel lugar
un doctor, hombre muy listo,
cual otro no se había visto
en la ciencia de curar;

hombre de fama europea
que afirmaba muy sereno
que para él era Galeno
un mal médico de aldea;

citando en su apoyo tales
y cuales curas grandiosas,
estupendas, asombrosas,
como no se han visto iguales;

y para probar su aserto
de un modo claro y patente,
juró que al día siguiente
resucitaría un muerto!

Dispuesto el sabio doctor
á realizar su experiencia,
para que á nadie su ciencia
pudiera infundir temor,
y fuera tan positivo
el resultado y tan cierto
que á más de dar vida á un muerto,
hiciera feliz á un vivo,
pensó para su admirable
experiencia milagrosa,
en la infortunada esposa
de aquel viudo, inconsolable.

Al saberlo Juan José,
fué á escape á ver al doctor,
y le dijo: — ¡Por favor!
¡No la resucite usted!

¡Ella era todo mi anhelo!
¡Mi María era muy buena!
Y yo estoy muerto de pena
desde que ella se fué al cielo;
y como creo que está
donde está mucho mejor,
¡hágame usted el favor
de dejarla por allá!

MANUEL SORIANO





¿A QUIEN ESPERARÁ?

Ayuntamiento de Madrid

LOS JOVENES CORDOBESES

Rafael Molina, *Lagartijo chico* y Rafael González, *Machaquito*, investidos con la alternativa de matadores de toros, que les fué otorgada en la plaza matritense el día 6 del actual, por los espadas Luis Mazzantini y Emilio Torres, *Bombita*, respectivamente, constituyen la actualidad taurina y á ellos be-

mos de dedicar corto espacio y pocas líneas, ya que la índole de este semanario no nos consiente mayor extensión.

Desde que se presentaron ambos muchachos por primera vez en Madrid, la tarde del 8 de septiembre de 1898, despertaron gran interés en la afición, más que por lo valioso de su trabajo, por lo que su aparición en el taurino palenque pudiera significar para el porvenir del arte; aquella misma tarde, surgieron las discusiones, hijas del apasionamiento; y mientras unos afirmaban que los dos jóvenes cordobeses eran una esperanza y veían en ellos los dignos sucesores de diestros tan famosos como *Frasuelo*, *Lagartijo* y *Guerrita*, otros, influidos por un pesimismo, sólo justificado en el decaimiento que hoy sufre el espectáculo favorito de la mayoría de los españoles, negaban rotundamente la posibilidad de que llegaran á la cúspide y hasta que tuvieran condiciones para aspirar, legítimamente, á la ocupación de un puesto secundario, entre la *turba multa* de matadores que forman el montón anónimo de los toreros mediocre.

Pero los muchachos siguieron trabajando con fe, discreción y entusiasmo, sin preocuparse con tales pequeñeces, siempre ajenas al mérito, y han logrado, si no imponerse en absoluto á la afición, porque para

eso necesitaran ser unos *fenómenos* como aquellos que se llamaron Montes, *Chiclanero*, *Cúchares*, etcétera, etc., por lo menos, captarse simpatías, sumar adictos, acallar más ó menos interesadas recriminaciones, y verse, al fin, colocados en fila con los primeros, demostrando que pueden «alternar», sin desdoro para nadie, con los espadas que comparten en esta época las palmas y el dinero.

Es verdad que valen muy poco los toreros que hoy pagamos y fácilmente puede ocurrir que *Lagartijo chico* y *Machaquito* sean los «tuertos» en «esta tierra de ciegos», y que, sin llegar á notabilidades, resulten mejores que los otros que hoy están «en candelero.»

Desde luego, todos los inteligentes, tiros y troyanos, reconocen en ellos excepcionales dotes de valor, no temerario y vocación decidida, y eso ya es mucho para llegar á donde se proponen.

Durante los dos años que han ejercido como matadores de novillos, Rafael González ha figurado en los carteles como primer espada; por voluntad expresa de ambos la suerte decidió el turno en que cada uno debiera recibir la suprema investidura, favoreciendo con el primer lugar á *Lagartijo chico*: los propios méritos otorgarán en definitiva el puesto que cada cual debe ocupar en los anales del toreo.

Por nuestra parte, ni aventuramos juicio ni formularemos pronósticos cuya realización es muy difícil prever; allá los aficionados discurren en pro y en contra, según sus puntos de mira respectivos, y profetizan cuanto en ganas les viniere, que el tiempo, gran revelador de verdades, se encargará de decirnos quién tiene razón.

Nosotros hoy, nos limitamos á consignar el suceso de la «alternativa» como apunte de actualidad, enviando la enhorabuena á los «debutantes» y deseándoles mucha prosperidad y buena suerte en la arriesgadísima profesión que han emprendido.

D. HERMÓGENES



RAFAEL MOLINA «LAGARTIJO CHICO»



RAFAEL GONZÁLEZ «MACHAQUITO»



Traje del gran Almirante Silveira, regenerador de la marina española. Venció a los traineros y xelteros.



— ¡No he de llorar si los alemanes se llevan nuestro mejor crucero! (Con 23 nudos)
— Con 24, porque... échele V. un nudo a la cola.



Frase hecha. — ¡Mirar a uno por encima del hombro.



Si para dar de comer a 15,000 concejales franceses se necesitan 15,000 panecillos, ¿cuántos se necesitarán para 15,000 concejales españoles dado el estómago de nuestros ediles?



En Lorenzo Marquez. — Aquí estará V. como en su casa. — ¡Y los ingleses!... — ¡Barto harán con callarse... Vamos, quiero decir que no dicen nada porque somos grandes amigos.



— Nada, señor presidente, cuestión de competencia.
— ¡Gracias! Oí que era de incompetencia.

MUJERES MÉDICAS

Parece que el ejercicio de la medicina por las mujeres se remonta a los más lejanos tiempos, aparte de su intervención en la obstetricia.

En la antigua Grecia había no solamente *médicas generales ó panitras*, sino también especialistas. En el siglo II de nuestra Era florecía, según Galeno, una ilustre médica llamada *Antioquis*, cuyo mérito aparece conmemorado en lápidas; en Roma las *médicas* constituían una clase muy respetada, enteramente distinta de las que formaban las *obstétricas*, las *honradas matronas* y las buenas viejas. El eminente práctico Octavio Horacio tuvo por grande honor dedicar una de sus obras a la ilustre *Victoria*, ornamento de la ginecología de su época.

Entre las médicas santas citaremos a *Santa Meodisa*, madre de San Procopio, la cual ejercía a la vez la medicina y la cirugía; a *Santa Nicevra*, de Constantinopla, que según indicios, curó a San Juan Crisóstomo y en el siglo XII hallamos a *Santa Hildegarda*.

De la Escuela de Salerno salieron muy distinguidas médicas, que desollaron a maravilla en el arte de curar y además en la *cosmética*, ó ciencia de hermosear la tez. A aquella brillante pléyade pertenecen la erudita Trótula, Abella, Rebecca Guarina, Constanza Calenda, Francesca de Romana, etc., á las cuales se debe la creación de no pocas operaciones quirúrgicas y de importantes planes terapéuticos.

En Francia hubo durante la Edad Media muchas *medicinas ó mireses*, así como notables cirujanas, pero aun eran más numerosas en Alemania.

En la época moderna registranse los nombres de Mme. Giseleben, lady Ana Halkett, lady Catalina Fowler, renombrada operadora; miss Stephens, que descubrió las virtudes del agua de Vichy; lady Montague, que importó de Oriente la inmunización contra la viruela por la inoculación del pus varioloso; la polaca Sra. Halpir, y sobre todo las ilustres tocólogas francesas Mmes. Luisa Bourgeois, Lachapelle, Boivin, etc. En los Estados Unidos se da el caso de haber cirujanas del ejército federal, con uso de uniforme.

En Changai existe un hospital femenino en que se practican corrien-

temente toda clase de operaciones cruentas.

En España tuvimos las *cicatrices* que seguían a los ejércitos, y debían de ser como una especie de practicantes, aparte de lo cual es famosa la habilidad con que sabían curar á los heridos las moras, y no pocas cristianas.

Gracias á Dios que estoy limpio de callos decía uno, con el empleo oportuno que hice del LADIVONSIM.

EL SOBRE MONEDERO

Para facilitar el servicio de circulación de la moneda por correo entre los pueblos todos de España, se ha creado unos sobres monederos de cartón que en determinados casos podrían ser de gran utilidad, si el servicio de correos ofreciera garantías en España.

Cuesta cada sobre monedero veinticinco céntimos de peseta, y en ellos pueden enviarse cantidades hasta cincuenta pesetas.

En espacios destinados al efecto, se colocan las monedas, se ata el sobre, se lacre y después de franqueado se entrega en la Administración de Correos ó al cartero rural ó peatón donde no haya administración.

El ilustradísimo é intrépido explorador polar, duque de los Abruzzos, ha descubierto en el archipiélago Francisco José varias islas á las que ha impuesto los nombres de *Reina Margarita*, *Princesa Elena* y otros igualmente italianos.

Hemos tenido el gusto de recibir las famosas novelas de Gabriel d'Annunzio, *El Inocente*, *El Fuego* y *Las Virgenes de las Rocas*, traducidas al castellano y esmeradamente editadas por la casa Maucci, que ha prestado con ello un nuevo servicio á los amantes de la buena literatura.

Dice el novillero Estrellas que á él, cuando va á matar, siempre le suelen tirar pero le tiran... botellas.

CASCABEL

EL MATRIMONIO

Tonterías y verdades acerca de este asunto

El talento del marido, cuando no sirve para ganar mucho dinero, es un pecado para su mujer.

La principal obligación del marido es amar á su mujer. El hombre que de soltero fué río desbordado y amó á varias mujeres, debe *canalizarse* en el matrimonio para amar á una sola.

JERÓGLIFICO COMPRIMIDO

bo ajedrez bobo

CHARADA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Peluca.

Jeroglífico.—Valiente.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. M.—Santiago de Cuba.—Su cuento está perfectamente y se publicará, pero será imposible dar cabida á muchos, por lo cual le ruego se limite á enviar uno cada dos ó tres meses.

J. M. O.—Barcelona.—No está mal ni el romance ni las quintillas, pero tampoco están del todo bien, por lo cual decidí archivarlos, encargándole de paso no abuse de los diminutivos como consonantes.

R. A.—Tengo por regla rigorosísima no publicar nunca versos en que rimen *alma* y *calma*, y sobre todo *luz* y *capuz*. Lo que le comunico á los efectos consiguientes. Dios, etc.

S. V. D.—Gracias por no olvidarme, pero en *Iris* solo se publican trabajos *absolutamente* inéditos y nuevas traducciones.

T. C.—Porto.—La revista está tomada del *Mercurio Científico*. Puede usted dirigirse á su director, rue de Bueil, 14, Paris.

Un silvestre.—El personaje á que usted se refiere es de *La vida parisiense*, zarzuela que debió de hacer las delicias de su papá ó de algún amigo suyo. Posteriormente ha habido pseudo-silvestres más bufos todavía.

Sirio.—Barcelona.—Imposible *Celestes* calderas, velle, etc, son impedimentos insuperables.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. No se reproduce ningún original.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS. PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

ADMINISTRACIÓN

50, PLAZA DE TETUÁN, 50

BARCELONA



DIRECCION Y REDACCION

50, PLAZA DE TETUÁN, 50

BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

4

BARCELONA 29 SEPTIEMBRE 1900

3

NÚM. 73

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor LADIVONSIM

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y aflije á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

DIRECCION POSTAL: VIDAL SIMON

Calle Fomento.—BARCELONA (Ciut)



LA LEYENDA DE LOS CIELOS

POR

DON JOSÉ COROLEU

47 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadrada con tapas especiales, 57 ptas.



CUENTOS

ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.—Un tomo en tela, 5 ptas.

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid